

Palabras de la profesora Lorena Rojas, directora del CIFIH UCAB, en la presentación de la colección de NFT “UCAB 7.0”

La universidad está presentando uno de sus más bellos testimonios: registros de sus espacios a través de perspectivas que revelan miradas que tienen la particularidad filosófica, de abrirnos hacia una experiencia universal. Como la oración y el amor. Hoy se nos presenta un grupo de fotografías que son, por supuesto, valiosísimas en su captura de la vitalidad que suele colársenos en la desatención de lo cotidiano. Que respira silenciosa a la espera de un ojo valiente que quiera captarla, y develar su belleza. Y dos cosas se nos cruzan aquí: una, un verso de Safo, donde se nos dice que “el bello es bello cuando alguien lo mira”; y, otro de James Hillman, una vez que afirma que el mundo es ontológicamente bello. Que no lo es para cumplir una función, sino porque lo bello es su forma de estar en el mundo. Esto tiene consecuencias teóricas y vitales extraordinarias. Pero nos permite ahora una conciencia sobre el poder de la fotografía, que cuenta con la fuerza, con el ojo extensivo de nosotros mismos, que hace de esa belleza cotidiana una eternidad irrepetible pero siempre cambiante que quiere ser mirada. La tecnología digital, una de las más elaboradas extensiones de nuestro propio corazón, que ha soñado siempre vencer distancias, demoras o el sombrío destino del olvido, la peor de las muertes, como decían los griegos, permite ahora que la fotografía permanezca en su nitidez, que permanezca lo captado, lo que aún insiste en vivir en la imagen.

Los nuestros son tiempos en los que es muy difícil establecer dualismos o quiebres en la unidad cambiante de la existencia. Quiero decir, aquello que solía ser “lo real” se ha vuelto poroso, flexible con relación a lo que, presuntamente, no lo es. Por ello, la fotografía es capaz de conservar de manera vital lo sucedido y lo que no deja de suceder; no es un “otro” de la vida, de la realidad. Es la misma existencia diciéndose de diversas maneras, mostrándose en toda su diversidad posible. Y esto es, para el pensamiento y la cultura contemporáneas, grandioso y profundamente novedoso.

Las fotografías de nuestro campus se nos presentan *en perspectivas*, como miradas especialísimas e irrepetibles. Acaso como lo es cualquier mirada. Y podemos pensar de inmediato en los pintores renacentistas. Con todo, la sensibilidad contemporánea comprendió, cuando ha alejado su alma de la modernidad que busca la universalidad de la razón, lo auténtico como lo unívoco y para todos por igual —indistintamente de las experiencias—, que la aproximación al mundo y a su verdad tenía que lograrse desde las perspectivas, esto es, desde las diferencias, desde el sentir que revelaba la verdad, en este caso, a través del lente. De manera que mirar desde uno mismo, desde su propio amor y su propio suelo, es también mirar el mundo, el universo que, como dice la física contemporánea, somos nosotros mismos. Aceptar el saber del mundo desde la perspectiva —azul, naranja, estremecida, acelerada— nos invita a ver de nuevo, lo que, en ocasiones, parece invisible. En efecto: “¿qué lugar es este, que no lo reconozco?” Y entonces el alma hace un esfuerzo para buscar en sus recuerdos, o en sus recorridos diarios, lo que no había mirado de esa forma. Y en ese trabajo interior comienza un paseo por uno mismo, una revisión de la memoria que, como suele suceder, nos sorprende con sus secretos. Acaso no debemos olvidar nunca que, para los griegos antiguos, la memoria era una diosa.

En este sentido, es muy interesante repensar las fotografías como “intervenciones de la realidad”, pues eso parte de viejas ideas según las cuales la realidad es una especie de pureza y nosotros unos invasores. Como si nosotros no fuéramos la realidad haciéndose a sí misma cada vez: siendo árbol, fachadas del centro cultural, foto y vida. Intervenir es ponerse en medio de dos o más cosas, y los tiempos contemporáneos ya no transitan esos caminos en los que algo altera una cierta pureza. Esas ideas suponen que nosotros somos algo distinto del mundo. Los hallazgos de nuestro tiempo apuntan, sin embargo, a la hibridez e interconexión. Por tanto, los que hemos caminado tantos años por la universidad, aún la caminamos en las fotos y, al mismo tiempo, en nuestra propia interioridad.

Esto es interesante, porque las fotos de la universidad, de nuestro maravilloso campus y su antigua sede, han sido “intervenidas”. A través de técnicas, sensibilidad, mirada y

aires contemporáneos, el *glitch*, la fusión de los tiempos, la conciencia de la no linealidad, son más bien “revelaciones” de la verdad de las cosas, de sus posibles relaciones, y una invitación abierta a volver a ver algo distinto, algo que se mueve de manera irregular y novedosa, que se está diciendo cada vez. Es una manera hermosa que halló la universidad para presentarse ante nosotros, ante ustedes. Como dice Hillman: las cosas tienen alma cuando nos presentan sus virtudes. Los filósofos sabemos que los artistas llevan siempre la delantera, que su intuición profunda y luminosa suele marcar el rumbo. Por ello, en sus fotografías, la universidad se nos descubre especialmente vital, la misma y también distinta, una, siempre en devenir.

Los tiempos contemporáneos son interconectados, en los que pasado-futuro se entrecruzan, se sobreponen, y el presente sigue siendo esa sorprendente experiencia donde converge misteriosamente todo. Ahora mismo somos los adultos de este momento, pero, también, las almas de veinte años que soñaban la vida y vivían la frescura de entonces. Estos son y no son los mismos edificios, somos y no somos los mismos. Viendo cuidadosamente las fotos puede ocurrirnos la sorpresa de lo que Gadamer llamaba “tiempo vital”. Cito: “¿cuándo pasó esto? ¿Cuándo me hice viejo?” O lo que Heráclito decía con vehemencia: “el joven y el no tan joven es uno y el mismo en nosotros”. El tiempo nos vive y nosotros lo vivimos; los testimonios variopintos, dichos tantas veces, como las variadas fotografías de la colmena, son nuestros testigos. El Padre Ugalde, resguardo de secretos, historias, relatos es, justamente, una evidencia de esa vitalidad. Más aún cuando su voz de segunda década del siglo XXI habla desde los primeros pasos de la universidad, de esas paredes que conservan la juventud de aquellas almas caraqueñas que construían, para nosotros, una de las más importantes universidades de América Latina.

Quisiera confesar mi emoción al ver una de esas fotos: creo que se titula “Recepción”. Allí resplandece este cruce revelador de los tiempos que entona toda esta colección, donde no está claro qué es lo pasado y qué lo futuro, ahora mismo, en presente, cuando la vemos. Un vestido nos señala, como un gesto elegante, que estamos a mediados del siglo XX, colores y perspectivas del que está como a lo lejos viendo a la estudiante, la

señorita o la profesora, nos muestra el lugar de llegada a uno cuya estética nos sugiere que el mundo era otro; pero el *glitch* tecnológico nos indica enigmáticamente, como el señor de Delfos, para citar de nuevo a Heráclito, que es una mirada contemporánea la que está allí, intercalada con la de los años pasados, que ya no parecen tan pasados. ¿No es así, acaso, como funciona el ritmo secreto de nuestras almas, de nuestro interior? ¿No somos al mismo tiempo el joven arrollador de energía, el niño herido y el adulto que sale adelante con la vida? La misma fotografía, que es consciente de que todos los tiempos se cruzan, se expanden, se renuevan, es ese gesto. No hay nada detenido.

La memoria es un lago muy profundo que resguarda sus propias elaboraciones; el recuerdo es activo y cambiante, pues cada vez nos brinda versiones de lo sucedido, como si su propia capacidad autopoietica fuera revelándonos cosas, detalles, colores, posibilidades, que no habíamos visto. Eso hace del recuerdo una experiencia creativa y no un depósito nostálgico donde parece que algo quedó atrapado en alguna edad de hielo no diluida. Por el contrario, la grandiosidad de la memoria es su poder de decirse muchas veces, de elaborarse, interpretarse, como los rapsodas griegos, que evocaban de su memoria detalles épicos sin repetirse. Esa es una labor profunda y honesta que nos traen las fotografías que hoy presentan a nuestra universidad.

Optar por las perspectivas es, justamente, dar cuenta de la historicidad de las cosas, de sus cambios, de que nada está exento del alma y la vida.

Este trabajo es maravilloso porque expone en la fotografía la conciencia del mundo contemporáneo que se hibrida con el suceder de las cosas, con nosotros mismos. Con lo extraordinario de captar lo irreplicable, lo que, como el trueno o el rayo, o como el amor, se revela en su grandeza a sabiendas de su imposibilidad de replicarse. Ese es el tino del *Non Fungible Token*, NFT, lo que no puede ser sustituido por otra cosa. Como las experiencias.

Los invito a resguardar amorosamente un gesto que sintetiza todos los tiempos; que permanece cambiante, ampara nuestros recuerdos, y es un testimonio de nosotros mismos.